

Machado, Lorca y Hernández.
Los poetas de la guerra

VICTOR AGRAMUNT OLIVER

Madrid, 2012

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada, 2 5º 4-A

28013 Madrid

Depósito Legal: X-xxxxx-xxxx

Maquetación: A.D.I. C/ Martín de los Heros, 66. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

MACHADO, LORCA Y HERNÁNDEZ. LOS POETAS DE LA GUERRA

(RECITAL POÉTICO A MODO DE RELATO OFRECIDO EN LA UNIVERSIDAD
DE MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA EL DÍA 16 DE MAYO DE 2011)

¡Buenas tardes! Aunque sus biografías son bastante explícitas, conviene aclarar por qué defino a estos autores “poetas de la guerra”. No es sólo porque Antonio Machado y Miguel Hernández escribieran sobre ella (a Lorca no le dieron la oportunidad de hacerlo). Los defino así, porque la guerra irrumpió en sus vidas llenándolas de espanto, de oprobio y de muerte. El poeta alicantino dice en una de sus obras:

*... buscan al hombre,
buscan a un pueblo,
lo persiguen, lo absorben,
se lo tragan...*

Eso les ocurrió a ellos. No son los únicos poetas que sufrieron la crueldad de la guerra, es cierto, pero sí los más significativos, los que mejor representan la locura atroz de aquella contienda fratricida. En cuanto a ofrecerles el recital “a modo de relato”, es porque creo que algunos pasajes de sus vidas nos ayudarán a conocer mejor su obra. De ahí, pues, el título de este recital.

Antonio Machado

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla, y un huerto claro donde madura el limonero; mi juventud, veinte años en tierra de Castilla; mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido (ya conocéis mi torpe aliño indumentario), mas recibí la flecha que me asignó Cupido, y amé cuanto ellas puedan tener de hospitalario.

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina, pero mi verso brota de manantial sereno; y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina, soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Adoro la hermosura, y en la moderna estética corté las viejas rosas del huerto de Ronsard; mas no amo los afeites de la actual cosmética, ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.

Desdeño las romanzas de los tenores huecos y el coro de los grillos que cantan a la luna. A distinguir me paro las voces de los ecos, y escucho solamente, entre las voces, una.

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera mi verso, como deja el capitán su espada: famosa por la mano viril que la blandiera, no por el docto oficio del forjador preciada.

Converso con el hombre que siempre va conmigo (quien habla solo, espera hablar a Dios un día); mi soliloquio es plática con este buen amigo que me enseñó el secreto de la filantropía. Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito. A mi trabajo acudo, con mi dinero pago el traje que me cubre y la mansión que habito, el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje, y esté al partir la nave que nunca ha de tornar, me encontraréis a bordo ligero de equipaje, casi desnudo, como los hijos de la mar.

En este poema, Machado nos ofrece un resumen autobiográfico lleno de lirismo. No es extraño, puesto que también solía incluir datos de su vida en los prólogos de sus obras. En uno de ellos escribe: *Nací en Sevilla una noche de Julio de 1875, en el Palacio de las Dueñas. Los recuerdos de mi ciudad natal son todos infantiles, porque a los ocho años viajé a Madrid con mis padres y me eduqué en la Institución Libre de Enseñanza, a cuyos maestros guardo vivo afecto y profunda gratitud...*

Algunos de esos recuerdos infantiles de los que nos habla el poeta están ligados a las fuentes y al agua como origen de la vida:

*Yo escucho los cantos
de viejas cadencias,
que los niños cantan
cuando en corro juegan,
y vierten en coro
sus almas que sueñan,
cual vierten sus aguas
las fuentes de piedra:
con monotonías
de risas eternas
que no son alegres,
con lágrimas viejas
que no son amargas
y dicen tristezas,
tristezas de amores
de antiguas leyendas.
En los labios niños,
las canciones llevan
confusa la historia
y clara la pena;*

*como clara el agua
lleva su conseja
de viejos amores,
que nunca se cuentan.
Jugando, a la sombra
de una plaza vieja,
los niños cantaban...
La fuente de piedra
vertía su eterno
cristal de leyenda.
Cantaban los niños
canciones ingenuas,
de un algo que pasa
y que nunca llega:
la historia confusa
y clara la pena.
Seguía su cuento
la fuente serena;
borrada la historia,
contaba la pena.*

Sigamos escuchando fragmentos del relato de su vida: *Mi adolescencia y mi juventud son madrileñas. Aunque también viajé por toda España y algo por Francia. Fruto de estos viajes es mi primer libro, "Soledades" que, además, es un humilde homenaje a Rubén Darío, a quién admiro.*

*He andado muchos caminos,
he abierto muchas veredas;
he navegado en cien mares,
y atracado en cien riberas.
En todas partes he visto
caravanas de tristeza,
soberbios y melancólicos
borrachos de sombra negra,
y pedantones al paño
que miran, callan, y piensan
que saben, porque no beben
el vino de las tabernas.
Mala gente que camina
y va apestando la tierra...
Y en todas partes he visto*

*gentes que danzan o juegan,
cuando pueden, y laboran
sus cuatro palmos de tierra.
Nunca, si llegan a un sitio,
preguntan a dónde llegan.
Cuando caminan, cabalgan
a lomos de mula vieja.
Y no conocen la prisa
ni aun en los días de fiesta.
Donde hay vino, beben vino;
donde no hay vino, agua fresca.
Son buenas gentes que viven,
laboran, pasan y sueñan,
y en un día como tantos,
descansan bajo la tierra.*

La segunda publicación de Machado fue una refundición de *Soledades*, que incluía “Galerías y otros poemas”, donde encontramos los catalogados como “humorismos”. De estos últimos escuchemos “Las moscas”:

*Vosotras, las familiares,
inevitables golosas,
vosotras, moscas vulgares,
me evocáis todas las cosas.
¡Oh, viejas moscas voraces
como abejas en abril,
viejas moscas pertinaces
sobre mi calva infantil!
¡Moscas del primer hastío
en el salón familiar,
las claras tardes de estío
en que yo empecé a soñar!
Y en la aborrecida escuela,
raudas moscas divertidas,
perseguidas
por amor de lo que vuela,
(que todo es volar), sonoras,
rebotando en los cristales
en los días otoñales...*

*Moscas de todas las horas,
de infancia y adolescencia,
de mi juventud dorada;
de esta segunda inocencia,
que da en no creer en nada
de siempre... Moscas vulgares,
que de puro familiares
no tendréis digno cantor:
yo sé que os habéis posado
sobre el juguete encantado,
sobre el librote cerrado,
sobre la carta de amor,
sobre los párpados yertos
de los muertos.
Inevitables golosas,
que ni labráis como abejas,
ni brilláis cual mariposas;
pequeñitas, revoltosas,
vosotras, amigas viejas
me evocáis todas las cosas.*

En 1907, Antonio Machado obtuvo Cátedra de Lengua Francesa y la ejerció durante cinco años en Soria. En 1912 se edita su tercer libro, *Campos de Castilla*, que incluye “La tierra de Alvar-González”, un nuevo romancero que... ¡Pero, recurramos una vez más a lo que dijo el poeta!: *Me pareció el romance la suprema expresión de la poesía y quise escribir un nuevo romancero. Aunque mis romances no emanan de las heroicas gestas, sino del pueblo que las compuso y de la tierra donde se cantaron...*

*Cuando la tarde caía
entre las vetustas hayas
y los pinos centenarios
un rojo sol se filtraba.
Era un paraje de bosque
y peñas aborascadas;
aquí bocas que bostezan
o monstruos de fieras garras;
allí una informe joroba;
allá una grotesca panza;
torvos hocicos de fieras
y dentaduras melladas;
rocas y rocas, y troncos
y troncos, ramas y ramas.
En el hondo del barranco
la noche, el miedo y el agua.
Llegaron los asesinos*

*hasta la laguna negra;
agua transparente y muda
de enorme muro de piedra,
donde los buitres anidan
y el eco duerme, rodea;
agua clara donde beben
las águilas de la sierra,
donde el jabalí del monte
y el ciervo y el corzo abreven;
agua pura y silenciosa
que copia cosas eternas;
agua impasible que guarda
en su seno las estrellas.
¡Padre!, gritaron; al fondo
de la laguna serena
cayeron, y el eco ¡padre!
repitió de peña en peña.*

“A un olmo seco”, poema incluido en *Campos de Castilla*, ha sido y es motivo de polémica por un posible doble significado de sus versos. Unos manifiestan que aluden a su joven esposa Leonor, aquejada de una grave enfermedad que la llevó a la muerte. Otros sostienen que en el olmo seco, o “viejo”, como dice su primer verso, está representada la España convulsa y enfrentada que parecía irreconciliable y que vivió durante aquéllos años hechos tan graves y preocupantes como el atentado de Mateo Morral, el comienzo de la crisis marroquí y la Semana Trágica de Barcelona. En julio de 1912, el mes en que se editó el libro, Leonor recibió de manos de su esposo el primer ejemplar, con esta dedicatoria: *A mi Leonorcica del alma, Antonio*. No sería lógico, ni oportuno que una enferma, cercana a la

muerte, tuviese a su alcance un texto que transmite tanta tristeza y desesperación, si fuese ella la aludida. En cualquier caso, y al margen de polémicas, escuchemos tan bello poema:

*Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo
algunas hojas verdes le han salido.
¡El olmo centenario en la colina
que lame el Duero! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.
No será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiseñores.
Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden sus telas grises las arañas.
Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;
antes que rojo en el hogar, mañana,
ardas de alguna mísera caseta,
al borde de un camino;
antes que te descuaje un torbellino
y tronche el soplo de las sierras blancas;
antes que el río hasta la mar te empuje
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.
Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.*

Y ahora, recordemos algunas de las emotivas y bellísimas páginas que Machado escribió tras la muerte de su amada Leonor, como “Allá en las tierras altas”:

*Allá, en las tierras altas,
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, entre plumizos cerros
y manchas de raídos encinares,
mi corazón está vagando, en sueños...
¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos.
Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.*

O en la desgarradora “¡Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería!:

*¡Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería!
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.*

Tras la muerte de Leonor, Machado se trasladó a Baeza hasta 1919 y visitó las fuentes del Guadalquivir y casi todas las ciudades de Andalucía. Allí vio la luz la segunda edición de *Campos de Castilla*, en la que se incluían nuevos poemas. De sus “Proverbios y cantares”, tan numerosos como sabios, he seleccionado algunos de los más celebrados y populares.

*Nunca perseguí la gloria
ni dejar en la memoria
de los hombres mi canción;
yo amo los mundos sutiles,
ingrávidos y gentiles
como pompas de jabón.
Me gusta verlos pintarse
de sol y grana, volar
bajo el cielo azul, temblar
súbitamente y quebrarse.
...
¿Para qué llamar caminos
a los surcos del azar?...
todo el que camina anda,
como Jesús, sobre el mar.
...
Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.*

*Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.
...
Todo pasa y todo queda,
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos,
caminos sobre la mar.
...
Ya hay un español que quiere
vivir y a vivir empieza,
entre una España que muere
y otra España que bosteza.
Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.*

En 1927 Machado fue elegido miembro de la Real Academia Española de la Lengua. Pero, por diversos motivos, nunca llegó a leer su discurso, ni a ocupar su sillón. Ese mismo año conoció a Guiomar, de cuya relación amorosa dejó constancia en su obra.

En 1931 se proclamó la República. Machado nos cuenta: *...yo fui uno de los viejos republicanos que izamos la bandera tricolor en el Ayuntamiento de Segovia. La primavera traía a la República de la mano.*

Los siguientes años fueron muy gratificantes para el poeta en muchos aspectos. Sin embargo, debo dar un salto en el tiempo para centrar el recital en su obra poética y mostrarles momentos tan brillantes y emotivos como su elegía a la muerte de Federico García Lorca.

*Se le vio, caminando entre fusiles,
por una calle larga,
salir al campo frío,
aún con estrellas de la madrugada.
Mataron a Federico
cuando la luz asomaba.
El pelotón de verdugos
no osó mirarle la cara.
Todos cerraron los ojos
rezaron: ¡ni Dios te salva!
Muerto cayó Federico
(sangre en la frente y plomo en las entrañas).
... ¡Que fue en Granada el crimen sabed
—¡pobre Granada!—, en su Granada!
Se le vió caminar... Labrad, amigos,
de piedra y sueño en la Alhambra,
un túmulo al poeta,
sobre una fuente donde llore el agua,
y eternamente diga:
el crimen fue en Granada, ¡en su Granada!*

En 1937, Antonio Machado dejó Madrid y viajó a Valencia. Allí, en Rocafort, escribió para varios periódicos y revistas sobre la lucha y su firme esperanza en la victoria republicana. Y siguió escribiendo poesía:

*Valencia de fecundas primaveras,
de floridas almunias y arrozales,
feliz quiero cantarte, como eras,
domando a un ancho río en tus caudales,
al dios marino con tus albuferas,
al centauro de amor con tus rosales.*

Luego vinieron las llamadas “Poesías de guerra”, sus gritos de aliento a los combatientes y sus lamentos desgarrados por los que sufrían en la retaguardia.

*Otra vez el ayer. Tras la persiana,
música y sol; en el jardín cercano,
la fruta de oro, al levantar la mano,
el puro azul dormido en la fontana.
Mi Sevilla infantil. ¡Tan sevillana!
¡Cuál muerde el tiempo tu memoria en vano!
¡Tan nuestra! Avisa tu recuerdo, hermano,
no sabemos de quién va a ser mañana.
Alguien vendió la piedra de los lares
al pesado teutón, al hambre mora
y al ítalo la puerta de los mares.
¡Odio y miedo a la estirpe redentora
que muele el fruto de los olivares,
y ayuna y labra, y siembra y canta y llora!*

Poco tiempo después se trasladó a Barcelona, desde donde, junto con su madre, una anciana de ochenta y cinco años inició el exilio a Francia. En su pensamiento, tantos recuerdos, tantos lugares y, tal vez, unos versos que dedicó a Madrid:

*¡Madrid, Madrid! ¡Qué bien tu nombre suena,
rompeolas de todas las Españas!
La tierra se desgarrá, el cielo truena,
tú, sonríes con plomo en las entrañas.*

El 22 de febrero de 1939, tres días antes de que falleciera su madre, dejó este mundo uno de los más grandes poetas de nuestra literatura.

En uno de los bolsillos de su abrigo, se encontró su último verso:

Estos días azules y este sol de la infancia.

Federico García Lorca

En Fuente Vaqueros, Granada, nació el poeta universal Federico García Lorca un 5 de junio de 1898 y murió, asesinado, también en Granada, en 1936. Una noche de agosto que ya no tendría amanecer para el poeta. Una vida demasiado corta para un espíritu rebosante de creatividad, no sólo como poeta, también como músico y difusor del arte de Talía, con sus obras y con su ya legendaria “Barraca”, el teatro universitario para el pueblo.

En “Elegía”, poema escrito a los veinte años, anuncia ya lo que será más tarde una galería de retratos de mujeres no amadas que van desde Soledad Montoya hasta Bernarda Alba, pasando, cómo no, por Doña Rosita, “la soltera”.

Escuchemos una selección de estos primeros versos.

*Te marchitarás como la magnolia.
Nadie besará tus muslos de brasa.
Ni a tu cabellera llegarán los dedos
que la pulsen como las cuerdas de un arpa.
Nadie te fecunda. Mártir andaluza,
tus besos debieron ser bajo una parra,
plenos del silencio que tiene la noche
y del ritmo turbio del agua estancada.
Te vas por la niebla del otoño,
virgen como Inés, Cecilia y la dulce Clara,
siendo una bacante que hubiera danzado
de pámpanos verdes y vid coronada.
Tu cuerpo irá a la tumba
intacto de emociones.
Sobre la oscura tierra
brotará una alborada.
De tus ojos saldrán dos claveles sangrientos,
y de tus senos, rosas como la nieve blancas.
Pero tu gran tristeza se irá con las estrellas,
como otra estrella digna de herirlas y eclipsarlas.*

También a este *Primer libro de poesías* pertenece un título muy singular y, quizá, muy atrevido para la sociedad de aquella época. Define un aspecto de la intrincada condición humana que Lorca vivió, o mejor sufrió en su persona: “La canción del mariquita”:

*El mariquita se peina
en su peinador de seda.
Los vecinos se sonríen
en sus ventanas postreras.
El mariquita organiza
los bucles de su cabeza.
Por los patios gritan los
surtidores y planetas.
El mariquita se adorna
con un jazmín sinvergüenza.
La tarde se pone extraña
de peines y enredaderas.
El escándalo temblaba
rayado como una cebra.
¡Los mariquitas del sur
cantan en las azoteas!*

A su llegada a la Residencia de Estudiantes, los que luego serían sus entrañables compañeros, entre ellos Buñuel y Dalí, pensaron que aquel joven andaluz tenía un poco de rústico, de agitanado e incluso de inculto. Pronto rectificarían y descubrirían a un Lorca poeta, dramaturgo y ensayista cultísimo.

De 1921 a 1924, Lorca compuso tres poemarios bajo el título de *Andalucía mítica*, que incluye *Canciones populares*, *Poemas del cante jondo* y el celeberrimo *Romancero gitano*.

“Balcón” es como un melodioso pregón que anuncia la llegada de ese inspirado Romancero:

*La Lola canta saetas.
los toreritos la rodean,
y el barberillo, desde su puerta,
sigue los ritmos con la cabeza.
Entre la albahaca y la hierbabuena,
la Lola canta saetas.
La Lola aquella, que se miraba
tanto en la alberca.*

Para presentarles el *Romancero gitano* voy a recurrir a otro gran poeta, Jorge Guillén, quien dijo: *Siente en sí y tiene ante sí a un pueblo magnífico. Y se pone a cantar como el pueblo canta en Andalucía, y se pone a poetizar, redondo universo absoluto, a su Andalucía: sierra, cielo, hombre y duende. No los copia; los canta, los sueña, los reinventa.*

Sirva como ejemplo de todo esto el “Romance de la luna, luna”.

*La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira, mira.
El niño la está mirando.
En el aire conmovido
mueve la luna sus brazos
y enseña, lúbrica y pura,
sus senos de duro estaño.
Huye luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.
Niño, déjame que baile.
Cuando vengan los gitanos
te encontrarán sobre el yunque
con los ojillos cerrados.
Huye luna, luna, luna,
que ya siento sus caballos.*

*Niño, déjame, no pises
mi blancor almidonado.
El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano.
Dentro de la fragua el niño,
tiene los ojos cerrados.
Por el olivar venían,
bronce y sueño, los gitanos.
Las cabezas levantadas
y los ojos entornados.
Cómo canta la zumaya
¡ay, cómo canta en el árbol!
Por el cielo va la luna
con un niño de la mano.
Dentro de la fragua lloran,
dando gritos, los gitanos.
El aire la vela, vela.
El aire la está velando.*

“La casada infiel”, el romance menos apreciado por los estudiosos es, sin embargo, el más conocido y aplaudido de todos ellos. Eso explica que sea un antecedente indiscutible de la poesía popular, cuyos autores bebieron, sin duda, en la fuente del romancero de Lorca:

*Y que yo me la llevé al río
creyendo que era mozueta,
pero tenía marido.
Fue la noche de Santiago
y casi por compromiso.
Se apagaron los faroles
y se encendieron los grillos.
En las últimas esquinas
toqué sus pechos dormidos,
y se me abrieron de pronto
como ramos de jacintos.
El almidón de su enagua
me sonaba en el oído,
como una pieza de seda
rasgada por diez cuchillos.
Sin luz de plata en sus copas
los árboles han crecido,
y un horizonte de perros
ladra muy lejos del río.
Pasadas las zarzamas,
los juncos y los espinos,
bajo su mata de pelo
hice un hoyo sobre el limo.
Yo me quité la corbata.
Ella se quitó el vestido.
Yo el cinturón con revólver.
Ella sus cuatro corpiños.*

*Ni nardos ni caracolas
tienen el cutis tan fino,
ni los cristales con luna
relumbran con ese brillo.
Sus muslos se me escapaban
como peces sorprendidos.
la mitad llenos de lumbre,
la mitad llenos de frío.
Aquella noche corrí
el mejor de los caminos,
montado en potra de nácar
sin bridas y sin estribos.
No quiero decir, por hombre,
las cosas que ella me dijo.
La luz del entendimiento
me hace ser muy comedido.
Sucia de besos y arena,
yo me la llevé del río.
Con el aire se batían
las espadas de los lirios.
Me porté como quien soy.
Como un gitano legítimo.
Le regalé un costurero
grande de raso pajizo,
y no quise enamorarme
porque teniendo marido
me dijo que era mozueta
cuando la llevaba al río.*

En 1930, Lorca disfrutó de una beca en Nueva York. Fruto de aquel viaje es su obra *Poeta en Nueva York*, escrita en verso libre y en la que destaca su “Oda a Walt Whitman”, el poeta de Manhattan del siglo XIX. Oigamos un fragmento:

*Por el East River y el Bronx
los muchachos cantaban enseñando sus cinturas
con la rueda, el aceite, el cuero y el martillo.
Noventa mil mineros sacaban la plata de las rocas,
y los niños dibujaban escaleras y perspectivas.
Pero ninguno se dormía,
ninguno quería ser el río,
ninguno amaba las hojas grandes,
ninguno la lengua azul de la playa.
Por el East River y el Queensborough
los muchachos luchaban con la industria,
y los judíos vendían al fauno del río
la rosa de la circuncisión
y el cielo desembocaba por los puentes y los tejados
manadas de bisontes empujadas por el viento.
Pero ninguno se detenía,
ninguno quería ser nube,
ninguno buscaba los helechos
ni la rueda amarilla del tamboril.
Ni un solo momento, viejo hermoso Walt Whitman,
he dejado de ver tu barba llena de mariposas,
ni tus hombros de pana gastados por la Luna,
ni tus muslos de Apolo virginal,
ni tu voz, como una columna de ceniza.
Ni un solo momento, hermosura viril
que en montes de carbón, anuncios y ferrocarriles,
soñabas ser un río y dormir como un río
con aquel camarada que pondría en tu pecho
un pequeño dolor de ignorante leopardo.
Agonía, agonía, sueño, fermento y sueño.*

Éste es el mundo, amigo, agonía, agonía.
Los muertos se descomponen bajo el reloj de las ciudades,
la guerra pasa llorando con un millón de ratas grises,
los ricos dan a sus queridas
pequeños moribundos iluminados,
y la vida no es noble, ni buena, ni sagrada.
Por eso no levanto mi voz, viejo Walt Whitman,
contra el niño que escribe
nombre de niña en su almohada,
ni contra el muchacho que se viste de novia
en la oscuridad del ropero,
ni contra los solitarios de los casinos
que beben con asco el agua de la prostitución,
ni contra los hombres de mirada verde
que aman al hombre y queman sus labios en silencio.
Pero sí contra vosotros, maricas de las ciudades,
de carne tumefacta y pensamiento inmundo,
madres de lodo, arpías, enemigos sin sueño
del Amor, que reparte coronas de alegría.
Y tu, bello Walt Whitman, duermes a orillas del Hudson,
con la barba hacia el polo y las manos abiertas.
Duerme, no queda nada.

Ignacio Sánchez Mejías, torero e intelectual para más señas, fue el mecenas de un grupo de poetas al que pertenecía Lorca, quien sentía admiración por el maestro. Eso explica que al dedicarle un poema a su muerte, Lorca dejase traslucir una angustia y un dolor que iban más allá de la creación poética, para convertirse en el “llanto” de quien ha perdido a un gran amigo. “Llanto por Ignacio Sánchez Mejías” es un extenso poema, dividido en cuatro partes. Voy a ofrecerles un fragmento de la parte que Lorca titula “La cogida y la muerte”:

*A las cinco de la tarde.
Eran las cinco en punto de la tarde.
Un niño trajo la blanca sábana
a las cinco de la tarde.
Una espuerta de cal ya prevenida
a las cinco de la tarde.
Lo demás era muerte y sólo muerte
a las cinco de la tarde.
El viento se llevó los algodones
a las cinco de la tarde.
Y el óxido sembró cristal y níquel
a las cinco de la tarde.
Ya luchan la paloma y el leopardo
a las cinco de la tarde.
Y un muslo con un asta desolada
a las cinco de la tarde.*

*Comenzaron los sones del bordón
a las cinco de la tarde.
Las campanas de arsénico y el humo
a las cinco de la tarde.
En las esquinas grupos de silencio
a las cinco de la tarde.
¡Y el toro, solo corazón arriba
a las cinco de la tarde!
Cuando el sudor de nieve fue llegando
a las cinco de la tarde,
cuando la plaza se cubrió de yodo
a las cinco de la tarde,
la muerte puso huevos en la herida
a las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde.
A las cinco en punto de la tarde.*

El trece de julio de 1936 Lorca dejó Madrid y se trasladó a Granada. El dieciocho de ese mismo mes tiene lugar el golpe de estado contra el Gobierno de la República y el poeta, aunque todos le aconsejan que viaje a Argentina, opta por permanecer en su Granada. Piensa: *Nunca me he definido políticamente. Nunca me he posicionado en ninguno de los dos bandos. Tengo amigos en ambos lados. Me preocupo por colectivos marginados, es cierto, pero mi labor cultural al frente de “La Barraca” tan solo pretende acercar la cultura a los desfavorecidos. ¿Es acaso todo esto un delito?”*

Por supuesto que no era un delito. Sin embargo, el poeta no contó con la barbarie, con la locura colectiva. ¡Y eso lo llevó a la muerte, ante “un pelotón de verdugos”, como diría Machado!

Tenía treinta y ocho años. Había iniciado una gran labor artística, pero veía truncada la posibilidad de seguir ofreciéndonos el fruto de su privilegiada inspiración.

Despidámosle con unos versos que él mismo escribió, casi premonitoriamente, en su primer poemario:

*Si muero,
dejad el balcón abierto.
El niño come naranjas.
(Desde mi balcón lo veo).
El segador siega el trigo.
(Desde mi balcón lo siento).
¡Si muero,
dejad el balcón abierto!*

Miguel Hernández

Nació en Orihuela, Alicante, el 30 de octubre de 1910. Aunque su familia era de condición humilde, cursó estudios primarios e, incluso inició el bachillerato, que no terminaría debido a la precaria situación de su familia, a la que tuvo que ayudar pastoreando rebaños.

Gran aficionado a la lectura, mientras vigilaba las cabras leía con fruición los libros que le prestaban antiguos profesores y, más tarde, los componentes de una tertulia literaria que lideraba Ramón Sijé, su “compañero del alma”. Luego llegaron sus primeros versos; composiciones sencillas inspiradas, sobre todo, en Zorrilla y en Bécquer. Algunos años después consigue que le publiquen en la vecina Murcia *Perito en lunas*, libro que recibió una fría acogida.

Fueron de nuevo sus antiguos profesores y sus amigos quienes le alentaron a no abandonar su vocación. Fruto de este estímulo fue el auto sacramental *Quien te ha visto y quién te ve...* y el libro de poemas *El silbo vulnerado*, del que les ofrezco una selección. Su primer viaje a Madrid le había inspirado estos versos.

*Alto soy de mirar a las palmeras,
rudo de convivir con las montañas...
Yo me vi. bajo y blando en las aceras
de una ciudad espléndida de arañas.
Difíciles barrancos de escaleras,
calladas cataratas de ascensores,
¡qué impresión de vacío!
ocupaban el puesto de mis flores,
los aires de mis aires y mi río.
¡Rascacielos!: ¡qué risa!: ¡rascaleches!
¡Qué presunción los manda hasta el
retiro de Dios! ¿Cuándo será, Señor, que echas
tanta soberbia abajo de un suspiro?
¡Ascensores!: ¡qué rabia! A ver, ¿cuál sube
a la talla de un monte y sobrepasa
el perfil de una nube,
o el cardo, que de místico, se abrasa
en la serrana gracia de la altura?
¡Metro!: ¡qué noche oscura
para el suicidio del que desespera!:
¡qué subterránea y basta gusanera,
donde se cata y zumba
la labor y el secreto de la tumba!
¡Asfalto!: ¡qué impiedad para mi planta!
¡Ay, qué de menos echa
el tacto de mi pie mundos de arcilla
cuyo contacto imanta,
paisajes de cosecha,
caricias y tropiezos de semilla!*

y así poetiza su primer amor:

*Te me mueres de casta y de sencilla...
Estoy convicto, amor, estoy confeso
de que, raptor intrépido de un beso,
yo te libé la flor de la mejilla.
Yo te libé la flor de la mejilla
y desde aquél dulcísimo suceso
tu mejilla, de escrúpulo y de peso,
se te cae deshojada y amarilla.
El fantasma del beso delincuente
el pómulo te tiene perseguido
cada vez más patente, negro y grande.
Y sin dormir estás, celosamente,
vigilando mi boca ¡con qué cuidado!
para que no se vicie y se desmande.*

En 1934, Miguel Hernández inició, tras su primer intento fallido, la aventura madrileña. A esa época pertenecen el drama en verso *El labrador con más aire* y *El rayo que no cesa*, que no se publicaría hasta 1936. Este poemario es en realidad, una prolongación de *El silbo vulnerado* y nos ofrece una sucesión de versos amorosos inspirados por su novia Josefina Manresa. No obstante, como este “rayo incesante” contiene momentos en exceso apasionados, las malas lenguas lo atribuyen a su relación, más que amorosa, ardiente, con Maruja Mallo, pintora, escultora y, sobre todo, casquivana, que con anterioridad ya le había roto el corazón a Rafael Alberti. Juzguen ustedes:

*¿No cesará este rayo, que me habita
el corazón de exasperadas fieras
y de fraguas coléricas y herreras
donde el metal más fresco se marchita?
¿No cesará esta terca estalactita
de cultivar sus duras cabelleras
como espadas y rígidas hogueras*

*hacia mi corazón que muge y grita?
Este rayo ni cesa ni se agota;
de mí mismo tomó su procedencia
y ejercita en mí mismo sus furores.
Esta obstinada piedra de mí brota
y sobre mí dirige la insistencia
de sus lluviosos rayos destructores.*

...

*Un carnívoro cuchillo
de ala dulce y homicida
sostiene un vuelo y un brillo
alrededor de mi vida.
Rayo de metal crispado
fulgentemente caído,
picotea mi costado
y hace en él un triste nido.
¿A dónde iré que no vaya
mi perdición a buscar?*

*Tu destino es de la playa
y mi vocación del mar.
Pero al fin podré vencerte,
ave y rayo secular,
corazón, que de la muerte
nadie ha de hacerme dudar.
Sigue, pues, sigue, cuchillo,
volando, hiriendo. Algún día
se pondrá el tiempo amarillo
sobre mi fotografía.*

Un triste suceso sacudió su vena creativa y le llevó a escribir uno de sus más bellos y emotivos poemas, la “Elegía” por la muerte de su mejor amigo: *En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como del rayo Ramón Sijé, con quien tanto quería.*

*Yo quiero ser, llorando, el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma, tan temprano.
Alimentando lluvias, caracolas
y órganos mi dolor sin instrumento,
a las desalentadas amapolas
daré tu corazón por alimento.
Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por doler me duele hasta el aliento.
Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.
No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida.
Ando sobre rastrojos de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.*

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.
¡No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada!
¡En mis manos levantó una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes
sedienta de catástrofes y hambrienta!
Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.
Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte...
Volverás a mi huerto y a mi higuera;
por los altos andamios de las flores
pajareará tu alma colmenera
de angelicales ceras y labores.
Volverás al arrullo de las rejas
de los enamorados labradores.
Alegrarás la sombra de mis cejas,
y tu sangre se irán a cada lado
disputando tu novia y las abejas.
Tu corazón, ya terciopelo ajado,
llama a un campo de almendras espumosas
mi avariciosa voz de enamorado.
A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

Existe otra elegía, menos conocida, dedicada a la novia de Sijé que el poeta quiso que se incluyera también en *El rayo que no cesa*. Me gustaría dejar constancia en este recital de la belleza de algunos de sus pasajes:

*Tengo ya el alma ronca y tengo ronco
el gemido de música traidora...
Arrímate a llorar conmigo a un tronco;
retírate conmigo al campo y llora
a la sangrienta sombra de un granado
desgarrado de amor como tú ahora.
Caen desde un cielo gris desconsolado,
caen ángeles cernidos para el trigo
sobre el invierno gris desocupado.
Arrímate, retírate conmigo:
vamos a celebrar nuestros dolores
junto al árbol del campo que te digo.
Panadera de espigas y de flores,
panadera lilial de piel de era,
panadera de panes y de amores.
Ibas a ser la flor de las esposas,
y a pasos de relámpago tu esposo
se te va de las manos harinosas.
A echar copos de harina yo te ayudo
y a sufrir por la bajo, compañera,
viuda de cuerpo y de alma yo viudo.
¡Cuántos amargos tragos es la vida!
Bebió él la muerte y tú la saboreas
y yo no saboreo otra bebida.
Retírate conmigo hasta que veas
con nuestro llanto dar las piedras grama,
abandonando el pan que pastoreas.
¡Levántate!; te esperan tus zapatos
junto a los suyos muertos en tu cama,
y la lluviosa pena en sus retratos
desde cuyos presidios te reclama.*

No sería esta su última elegía. Poco tiempo después, rendiría un homenaje póstumo a Federico García Lorca con un poema del que entresacamos algunos sentidos y sinceros versos, que desmentían a quienes pregonaban cierto antagonismo irreconciliable entre Lorca y Hernández.

*Entro despacio, se me cae la frente
despacio, el corazón se me desgarra
despacio, y despacirosa y negramente
vuelvo a llorar al pie de una guitarra.
Entre todos los muertos de elegía,
sin olvidar el eco de ninguno,
por haber resonado más en el alma mía,
la mano de mi llanto escoge uno.
Federico García
hasta ayer se llamó, polvo se llama.*

La irracional, la sangrienta guerra civil no cesa de cobrarse vidas. Y el poeta exclama:

*Sentado sobre los muertos
que se han callado en dos meses,
beso zapatos vacíos
y empuño rabiosamente
la mano del corazón
y el alma que lo sostiene.
Que mi voz suba a los montes
y baje a la tierra y truene,
eso pide mi garganta
desde ahora y desde siempre.
Acércate a mi clamor,
pueblo de mi misma leche,
árbol que con sus raíces
encarcelado me tienes,*

*que aquí estoy yo para amarte
y estoy para defenderte
con la sangre y con la boca
como dos fusiles fieles.
Si yo salí de la tierra,
si yo he nacido de un vientre
desdichado y con pobreza,
no fue si no para hacerme
ruiseñor de las desdichas,
eco de la mala suerte,
y cantar y repetir
a quien escucharme debe
cuanto a penas, cuanto a pobres,
cuanto a tierra se refiere.*

Durante un periodo dilatado de tiempo, que se adentra ya en la posguerra, Miguel Hernández va componiendo su *Cancionero y romancero de ausencias*. En él sobresalen las maravillosas “Nanas de la cebolla”, dedicadas a su segundo hijo. El primero murió a los pocos meses de nacer. La inspiración le vino al recibir en la cárcel una carta de Josefina, su mujer, en la que le decía que sólo comían pan y cebolla.

*La cebolla es escarcha
cerrada y pobre.
Escarcha de tus días
y de mis noches.
Hambre y cebolla,
hielo negro y escarcha
grande y redonda.
En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amantaba.
Pero tu sangre,
escarchada de azúcar,
cebolla y hambre.
Una mujer morena
resuelta en luna
se derrama hilo a hilo
sobre la cuna.
Ríete, niño,
que te traigo la luna
cuando es preciso.
Alondra de mi casa,
ríete mucho.
es tu risa en tus ojos
la luz del mundo.
Ríete tanto
que mi alma al oírte
bata el espacio.
Tu risa me hace libre,
me pone alas.
Soledades me quita,
cárcel me arranca.*

*Boca que vuela,
corazón que en tus labios
relampaguea.
Es tu risa la espada
más victoriosa,
vencedor de las flores
y las alondras.
rival del sol.
porvenir de mis huesos
y de mi amor.
La carne aleteante,
súbito el párpado,
y el niño como nunca
coloreado.
¡Cuánto jilguero
se remonta, aletea,
desde tu cuerpo!
Desperté de ser niño:
nunca despiertes.
Triste llevo la boca:
ríete siempre.
Siempre en la cuna,
defendiendo la risa
pluma por pluma.
Ser de vuelo tan alto,
tan extendido,
que tu carne es el cielo
recién nacido.
¡Si yo pudiera
remontarme al origen
de tu carrera!*

*Al octavo mes ríes
con cinco azahares.
Con cinco diminutas
ferocidades.
Con cinco dientes
como cinco jazmines
adolescentes.
Frontera de los besos
serán mañana,
cuando en la dentadura
sientas un arma.*

*Sientas un fuego
correr dientes abajo
buscando el centro.
Vuela niño en la doble
luna del pecho:
él, triste de cebolla,
tú, satisfecho.
No te derrumbes.
No sepas lo que pasa
ni lo que ocurre.*

En mayo de 1939, Miguel Hernández había ingresado en la prisión celular de la calle Torrijos, en Madrid. Pero, inopinadamente, en septiembre fue puesto en libertad. El poeta hizo oídos sordos a los que le aconsejaban que pidiese asilo político en alguna embajada y viajó a Cox, donde estaban su mujer y su hijo, y luego a Orihuela. Allí fue detenido de nuevo y, en junio de 1940, fue condenado a muerte por un Consejo de Guerra. Gracias a la mediación del escritor Cossío y del jerarca de la Falange José María Alfaro le conmutaron la pena por 30 años de cárcel. Algunos familiares y amigos consiguen que sea enviado al reformatorio de adultos de Alicante, a la espera de una reducción de pena, pero ya todo es inútil; padece una tuberculosis muy avanzada que acabará con su vida. El 28 de marzo de 1942 dejó de existir.

Su cuerpo reposa en un cementerio de Alicante, pero su obra, su espíritu siempre permanecerá entre nosotros a través de sus inolvidables versos. Como los que pondrán punto final a este modesto homenaje a Machado, Lorca y Hernández; los poetas de la guerra. Escuchémoslos:

*Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta.
Los bueyes doblan la frente,
impotentemente mansa
delante de los castigos;
los leones la levantan,
y al mismo tiempo castigan
con su clamorosa zarpa.
No soy de un pueblo de bueyes,
que soy de un pueblo que embargan
yacimientos de leones,
desfiladeros de águilas
y cordilleras de toros
con el orgullo en el asta.
Nunca medraron los bueyes
en los páramos de España.
¿Quién habló de echar un yugo
sobre el cuello de esta raza?
¿Quién ha puesto al huracán
jamás ni yugos ni trabas,
ni quién al rayo detuvo
prisionero en una jaula?
Asturianos de braveza,
vascos de piedra blindada,
valencianos de alegría
y castellanos de alma.
Labrados como la tierra*

*y airosos como las alas;
andaluces de relámpagos,
nacidos entre guitarras
y forjados en los yunques
torrenciales de las lágrimas;
extremeños de centeno,
gallegos de lluvia y calma,
catalanes de firmeza,
aragoneses de casta,
murcianos de dinamita
frutalmente propagada,
leoneses, navarros, dueños
del hambre, el sudor y el hacha,
reyes de la minería,
señores de la labranza,
hombres que entre las raíces,
como raíces gallardas,
vais de la vida a la muerte,
vais de la nada a la nada.
Si me muero, que me muera
con la cabeza muy alta.
Muerto y veinte veces muerto,
la boca contra la grama,
tendré apretados los dientes
y decidida la barba.
Cantando espero a la muerte,
que hay ruiñesores que cantan
encima de los fusiles
y en medio de las batallas.*

Y esto ha sido todo. Muchas gracias.

Nota biográfica

Víctor Agramunt, uno de los grandes actores de doblaje de nuestro país, ha pulsado –y continúa pulsando– todos los registros de la interpretación: locutor, actor y director de radio; presentador de televisión; actor de teatro en España y en festivales internacionales; profesor de Comunicación radiofónica; adaptador de diálogos, actor y director de doblaje para cine y televisión.

Ha prestado su voz a primeros actores como Henry Fonda, Fred Astaire, Warren Beatty, James Dean, Michael Caine, Robert de Niro, Al Pacino, Dustin Hoffman, Sidney Poitier, Nino Manfredi, Klaus M^a Brandauer, Robert Duvall, Christopher Plumber, Chad Everett, Richard Chamberlain, James Caan, Dick van Dyke y Tyrone Power.

CUADERNOS DE U.M.E.R.

Nos. 1 al 50 agotados. Pueden consultarse en la página web www.umer.es

Nº 51: "Medios de comunicación. La vida como espectáculo". Luis Matilla.

Nº 52: "El dos y el tres de mayo". Cristina del Moral.

Nº 53: "Aproximación a la independencia iberoamericana en el bicentenario de su inicio". M^a Jesús García-Arévalo Calero.

Nº 54: "El cine cómico español en la primera mitad de los años cincuenta". María de los Ángeles Rodríguez Sánchez.

Nº 55: "Inmigración y Derechos Humanos". Augusto Klappenbach.

Nº 56: "El tiempo y la huella de Larra (1809-1837)". Feliciano Páez-Camino.

Nº 57: "Memoria de la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca" UMER (2004-2009).

Nº 58: "La educación en España en el primer tercio del siglo XX: la situación del analfabetismo y la escolarización". Alfredo Liébana Collado.

Nº 59: "La ONU: una visión desde dentro". Francisco Acebes del Río.

Nº 60: "La Capilla del Obispo (de Nuestra Señora y San Juan de Letrán)". Emilio Guerra Chavarino, Investigador; Rosario Zapata, Transcriptor.

Nº 61: "Barrio de Maravillas, de Rosa Chacel". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 62: "Breve historia de la Estadística y el Azar". Benita Compostela Muñiz.

Nº 63: "Miguel Hernández (1910-1942), *en el sabor del tiempo*". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 64: "Los retos de la educación para la ciudadanía". Luis María Cifuentes.

Nº 65: "Las mujeres en la Ciencia". Antonio C. Colino.

Nº 66: "Miguel Hernández. Con tres heridas: la de la muerte, la del amor, la de la vida". María Jesús Garrido.

Nº 67: "El Banco de España: funciones e historia". Enrique Ortiz Alvarado.

Nº 68: "Carmen de Burgos: La voz de los sin voz". Carmen Mejías.

Nº 69: "Del *Cantar* del Cid a Cernuda: El destierro en la poesía española". Feliciano Páez-Camino.

Nº 70: "El conflicto árabe-israelita: génesis y nudo". Francisco Acebes del Río.

Nº 71: "Filosofía de la risa". Augusto Klappenbach.

Nº 72: "Hipoteca inversa". Antonio Martínez Maroto.

Nº 73: "Muchachas que trabajan". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 74: "Antonio Machado: Soñando caminos". María Jesús Garrido Calvillo.

Nº 75: "Sobre la historia del teatro musical español: la zarzuela y sus alrededores". Juan Carlos Talavera.

Nº 76: "La historia en la obra de Manuel Azaña". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 77: "Machado, Lorca y Hernández. Los poetas de la guerra". Víctor Agramunt Oliver.